

SACERDOTES DE COMUNIÓN (Retiro espiritual con compañeros sacerdotes)

10 PASOS PARA VIVIR COMO SACERDOTES LA COMUNIÓN

Introducción: ¿Qué es la comunión y cuál es su secreto?

- ⇒ **La comunión es el fruto y la manifestación de aquel amor que, surgiendo del corazón del eterno Padre, se derrama en nosotros a través del Espíritu que Jesús nos da** (cf. Rm 5,5), para hacer de todos nosotros un solo corazón y una sola alma (Hch 4,32). Realizando esta comunión de amor, la Iglesia se manifiesta como sacramento, o sea, signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano (San Juan Pablo II, *Novo millennio ineunte*, 42).
- ⇒ **El secreto de la unidad en la Iglesia, el secreto del Espíritu, es el don.** Porque Él es don, vive donándose a sí mismo y de esta manera nos mantiene unidos, haciéndonos partícipes del mismo don. Es importante creer que Dios es don, que no actúa tomando, sino dando. ¿Por qué es importante? Porque nuestra forma de ser creyentes depende de cómo entendemos a Dios. Si tenemos en mente a un Dios que arrebató, que se impone, también nosotros quisiéramos arrebatar e imponernos: ocupando espacios, reclamando relevancia, buscando poder. Pero si tenemos en el corazón a un Dios que es don, todo cambia. Si nos damos cuenta de que lo que somos es un don suyo, gratuito e inmerecido, entonces también a nosotros nos gustaría hacer de la misma vida un don. Y así, amando humildemente, sirviendo gratuitamente y con alegría, daremos al mundo la verdadera imagen de Dios. El Espíritu, memoria viviente de la Iglesia, nos recuerda que nacimos de un don y que crecemos dándonos; no preservándonos, sino entregándonos sin reservas (Papa Francisco, *Misa de Pentecostés*, 31 de mayo de 2020)

1.- Escuchemos, acojamos, meditemos y vivamos lo que nos dice la Palabra de Dios, en el contexto de los signos de los tiempos de hoy.

- **Recordemos y meditamos estos textos evangélicos:** ¿Qué me dicen estos textos de la Palabra de Dios a mí, aquí y ahora?
 - **“Que, como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros”** (Jn 13,34). *No sólo como a nosotros mismos, que ya es mucho pedir, sino como él, dispuestos a dar la vida...*
 - **“En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os tenéis amor los unos a los otros”** (Jn 13,35). *No en lo mucho que sepamos, ni en lo mucho que hagamos...Y exige la confluencia de varias libertades...*
 - **“Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy en medio de ellos”** (Mt. 18,20). *No es una presencia simbólica, es una presencia real...*
 - **“Llamó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles poder sobre los espíritus inmundos”** (Mc. 7,11): *Jesús les envía de dos en dos -explicaba San Gregorio Magno- para inculcar la caridad, porque menos que entre dos personas no puede haber caridad.*
 - **“Te pido que todos sean uno. Padre, lo mismo que tu estas en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo, el mundo podrá creer que tu me has enviado”** (Jn 17, 21). *¡Cuántos esfuerzos en vano por evangelizar sin la premisa de las premisas!*
- **Y escuchemos al Espíritu Santo en este tiempo de conciencia sinodal:**
 - **El Espíritu Santo a través de los signos de los tiempos** parece decirle a la Iglesia de hoy que, “sin comunión, vana es la misión”.
 - **Fue el gran legado de San Pablo VI** al terminar el Concilio: primero instaurando la práctica de las asambleas del Sínodo de los obispos, luego introduciendo la metodología sinodal en las estructuras eclesiales y eclesiásticas, para por último difundir la espiritualidad del diálogo y de la escucha (*Ecclesiam Suam*).
 - **San Juan Pablo II y Benedicto XVI** desarrollaron estos pasos, buscaron la reconciliación con los que promovieron nuevos cismas, y San Juan Pablo II dejó como legado para la Iglesia del tercer milenio la “espiritualidad de la comunión” en *Novo Millennio Ineunte*.
 - **Y el Papa Francisco** fortaleciendo la participación en el discernimiento sinodal y promoviendo una reforma eclesial basada en la Sinodalidad.

2º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a Pedro en ella.

- **Amar a la Iglesia hoy es amar a Pedro y a María hoy:** El teólogo Urs Von Balthasar identifica la variedad de carismas y funciones en la Iglesia con la variedad de los perfiles eclesiales en Pentecostés (el de Pedro, María, Juan, Santiago...): Destaca el “perfil petrino”, presente en el sucesor de Pedro y, en comunión con él, en todos los sucesores de los apóstoles. Y el “perfil mariano”, con todas las realidades carismáticas laicales de la Iglesia, al perfil petrino. San Juan Pablo II hizo suya esta distinción y afirmó que se trata de dos dimensiones coesenciales en la vida de la Iglesia (Vigilia Pentecostés 1998). Para nosotros reconocerlas supone en primer lugar la comunión con Pedro, en la persona de su sucesor:
 - **La comunión sin fisuras con el Papa**, el que la providencia de Dios pone en cada tiempo como roca firme de la unidad de la Iglesia, **es el telón de Aquiles de la comunión eclesial**. El Espíritu sopla cuando y como quiere, y la barca de la Iglesia, para dejarse guiar por Él, a veces necesita reorientar mínima pero perceptiblemente la orientación de sus velas, haciendo que la novedad de cada pontificado, así como los signos de los tiempos, estén al servicio no de la ruptura, sino precisamente de la continuidad.
 - **Para el cristiano humilde y hombre de comunión**, no le debería resultar difícil no sólo aceptar, sino agradecer los procesos eclesiales de continuidad en la novedad, propios de una Iglesia *semper reformanda*.
 - **Vivimos un tiempo de preocupante y dolorosa desafección al Papa** desde algunas voces dentro de la Iglesia. La opinión pública dentro de la Iglesia, que “instauró” Pío XII¹, puede ser crítica, pero siempre constructiva y respetuosa, y con respecto al Papa, especialmente.
 - **Con Francisco**, al igual que con sus antecesores, la desafección en el fondo se debe a una falta de conversión eclesiológica (una eclesiología mundanizada, no una eclesiología de comunión), pero con el agravante de la hipocresía, porque la comunión primigenia estaba empañada de ideologizada manipulación.
 - **Detrás de esta desafección sin duda está el maligno**, y tal vez esta sea hoy su principal baza en la lucha por el alma de este mundo. El maligno se está sirviendo para ello de los poderosos de este mundo², pero su acción sería ineficaz sino contase con la difusión dentro de la Iglesia de tantos clérigos engañados.

⇒ /Experiencia directa de radio misa de proclamación (19 de marzo 2013)

3º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando al obispo en ella.

- **Supone servir de corazón y con entrega sin límites a la misión por el encomendada como coparticipes de su ministerio apostólico en la Iglesia local**, unidos a él sin fisuras. Hasta estar dispuesto a dar la vida por él. Mi obispo es siempre Cristo para mí.
 - Como nos enseñó **San Ignacio de Antioquía**, “nadie haga nada en lo que atañe a la Iglesia sin contar con el obispo” (*Carta a los cristianos de Esmirna VIII, 1*). Es más, nos decía: “Nada haya en vosotros que pueda dividirlos, sino formad todos unidad con el obispo, y con los que os presiden a imagen y siguiendo la enseñanza de la realidad incorruptible. Así como el Señor no hizo nada sin el Padre, siendo una cosa con él - nada ni por sí mismo ni por los apóstoles- así tampoco vosotros hagáis nada sin el obispo y los presbíteros. No intentéis presentar vuestras opiniones particulares como razonables, sino que haya una sola oración en común, una sola súplica, una sola mente, una esperanza en la caridad, en la alegría sin mancha, que es Jesucristo” (*Carta a los de Magnesia, 6-7*).
 - **¡Cuidado!** Hasta los más distendidos cotilleos se convierten en murmuraciones, y hasta las más risueñas bromas se convierten en burlas ofensivas.
 - **Se trata de una comunión** que se realiza en cuatro direcciones complementarias:

¹ “Nos querríamos todavía añadir una palabra referente a la opinión pública en el seno mismo de la Iglesia (naturalmente, en las materias dejadas a la libre discusión). Se extrañarán de esto solamente quienes no conocen a la Iglesia o quienes la conocen mal. Porque la Iglesia, después de todo, es un cuerpo vivo y le faltaría algo a su vida si la opinión pública le faltase; falta cuya censura recaería sobre los pastores y sobre los fieles” (*Discurso a los participantes en el I Congreso Internacional de Prensa Católica, el 17 de febrero de 1950*).

² Cf.: NICOLÁS SENÉZE. *Cómo EE.UU. quiere cambiar de Papa*. Editorial San Pablo (Madrid, 2020), 256p.

- **En la obediente confianza personal en él:** “Quien a vosotros escucha, a mí me escucha; quien a vosotros rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado” (Lucas 10, 16).
- **En el hacer propias y con entusiasmo sus directrices y propuestas pastorales.** ¿Leemos y trabajamos con nuestras comunidades sus cartas pastorales?
- **En la implicación activa en las iniciativas diocesanas de comunión** (como los planes diocesanos).
- **Y en la participación en las estructuras de comunión por él impulsadas** (arciprestazgos, vicarías, consejo presbiteral, etc...), en las que la misma comunión exige la aportación (incluso la crítica si es constructiva) de todos.

⇒ / *Un consejo que un día recibí: comuniquemos al obispo motivos para alegrarle el día, que ya bastantes problemas le llegan.*

4º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a mis hermanos sacerdotes.

- **Se trata de una unidad inseparable de la unión a Cristo y al obispo.** Así lo entendía **San Clemente Romano**: “vuestro colegio de presbíteros, digno del nombre que lleva, digno de Dios, está tan armoniosamente concertado con su obispo como las cuerdas con la lira (...) Por eso, con vuestra concordia y con vuestro amor sinfónico, cantáis a Jesucristo. Así, vosotros, cantáis a una en coro, para que, en la sinfonía de la concordia, después de haber cogido el tono de Dios en la unidad, cantéis con una sola voz” (*Carta a los Corintios IV, 1-2*).
- Y **San Ignacio de Antioquía** nos dice: “trabajad unos junto a otros, luchad unidos, corred a una, sufrid, dormid y despertad todos a la vez, como administradores de Dios, como sus asistentes y servidores. Tratad de agradar al Capitán bajo cuya bandera militáis y de quien habéis de recibir el sueldo. Que ninguno de vosotros sea declarado desertor. Vuestro bautismo ha de permanecer como vuestra armadura, la fe como un yelmo, la caridad como una lanza, la paciencia como un arsenal de todas las armas” (*Carta a san Policarpo VI, 1-2*).
- **La fraternidad sacerdotal** es, para la vida del sacerdote:
 - **Garantía de un ejercicio auténtico del ministerio sacerdotal**, inseparable del presbiterio en el que se fundamenta y se organiza.
 - **Fuente principal de vida espiritual de su ministerio**, tanto como la vida sacramental y la oración.
 - **Refugio en los momentos de prueba y turbación**, irreducible al sólo acompañamiento personal.
 - **Ámbito primordial de discernimiento**, tanto personal como pastoral.

⇒ / *Experiencia de San Blas*

5º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a María en ella.

- **Amar a María en quienes representan su perfil en la vida de la Iglesia:** El perfil mariano personaliza, liberándolo de una concepción dialéctica, la dimensión carismática de la Iglesia, entendida en continuidad con la presencia de María en Pentecostés: compartiendo, acompañando, alentando, revitalizando, y abrazando la misión de los apóstoles.
 - **Amar a los carismas.** Acoger y acompañar con humildad, sin juzgar a la ligera, los carismas eclesiales en sus múltiples manifestaciones, es amar a María en la Iglesia. Y servir al misterio de la unidad entre todas estas manifestaciones y con la vida de la Iglesia local, es misión primordial del ministro ordenado en virtud de esta pasión por la Iglesia real y concreta.
 - Este amor a María en la Iglesia pasa, en la vida concreta sacerdote, por tres prioridades:
 - **Amar la vida religiosa:** sin prejuicios clericales ideológicos (¡se nos han inculcado tantos tópicos...!), buscando y reconociendo la “huella del Espíritu” en los carismas de siempre, especialmente con aquellos carismas con cuyas obras fundacionales tenemos especial relación, por coincidir en espacios pastorales como son los arciprestazgos o en ámbitos pastorales específicos (pastoral juvenil, pastoral social, etc...)
- ⇒ / *Por ejemplo, considerando como parte de mi parroquia los colegios religiosos en su territorio pastoral, y buscando primero la comunión personal con ellos, y buscando en*

segundo lugar la comunión y la coordinación pastoral, que no la imposición pastoral, con un respecto exquisito a sus propios estilos, acentos, y métodos, bajo la máxima de que la unidad se da en la pluralidad, no en la uniformidad.

- **Amar las nuevas obras, movimientos, y comunidades eclesiales:** que hoy constituyen, como nos enseñó San Juan Pablo II, uno de los factores de “la primavera en la vida de la Iglesia”, especialmente aquellos en los que participan hermanos sacerdotes nuestros, o fieles de nuestras comunidades, porque sino conseguimos buscar y reconocer en ellos la “huella del Espíritu” de sus carismas, no podemos entonces querer de verdad y estar en comunión con esos hermanos sacerdotes y esos fieles cristianos.
 - ⇒ */ Y los sacerdotes que participamos en alguno de estos nuevos movimientos, también debemos hacer este ejercicio de comunión con todos, cuyo objetivo incluso debería ser el de amar el carisma del otro tanto o más que el propio*
 - ⇒ */ El que con unos nos sea más fácil sintonizar y con otros menos, aunque a unos los entendamos más y a otros menos, aunque haya razones objetivas para creer que la Iglesia deba corregirlos (todos debemos ser objeto de corrección por parte de la Iglesia), debemos amarlos porque un hijo siempre ama a su madre, la Iglesia, y a sus hermanos, favorecidos como él de esa misma maternidad eclesial.*
 - ⇒ */ Experiencia Seminario.*
 - ⇒ */ Experiencia libro.*
- **Y, en definitiva, amar la diversidad en la Iglesia para poder amar a todos:** más allá de las afinidades naturales, espirituales o pastorales, buenas y necesarias para poder entender la obra de Dios en nuestras vidas y como quiere contar con nuestra personalidad y con nuestra propia creatividad, podemos y debemos hacer un acto de fe con consecuencias concretas para nuestra vida ministerial: todo lo que la Iglesia reconoce como suyo es mío, es parte de mi familia más íntima: debo conocer, respetar y querer la diversidad porque sin diversidad no hay unidad, porque sin ella, mi amor sería parcial, no universal.

6º.- Amar con pasión a la Iglesia, amando a las gentes de nuestras comunidades y de nuestros barrios.

- **Sin duda alguna para los sacerdotes vivir en el día a día la comunión eclesial condiciona de abajo a arriba su relación con los laicos,** sobre todo con los feligreses de sus parroquias, y con todos los vecinos de los barrios donde esas parroquias encarnan la presencia de la Iglesia, porque para el corazón del pastor todos son iguales, vengan a no vengan a la parroquia, porque todos son hijos amados de Dios.
- **Crear, vivir y promover la comunión le da a la caridad pastoral una profundidad y un alcance impresionantes.** Querer entrar “en comunión” con todos significa concretamente escuchar mucho más que hablar, dejar hacer a los demás y aplaudir y secundar lo que hacen, mucho más que hacerlo todo uno mismo, ahogando la iniciativa de los otros. Escuchar y ser, más que hablar y hacer. Como veremos más abajo, “dar espacio a los hermanos”, hacerse uno con ellos.
- **Y es que, a veces, observamos ciertos dejes de prepotencia,** de falta de diálogo con las comunidades plurales, con la gente adulta que piensa por sí misma, que se aleja de la Iglesia por la falta de bondad, de acogida, de sana liberalidad de los curas... Ahí hay un claro signo de un clericalismo trasnochado que anula la comunión más sagrada, la comunión con los bautizados. En esto los sacerdotes cometemos demasiados errores. Se unen la prepotencia clerical con el activismo desenfrenado. Pero en el fondo late algo peor: la tentación de poder, de hacer de las comunidades cristianas ámbitos de poder personal.
- **A veces esta falta de caridad pastoral y de comunión eclesial concreta se da también en sacerdotes** que encuentran fácilmente personas con escasa formación, pero con una disponibilidad infinita, siempre dispuestos a secundar lo que se hace, pero con cierta inercia a no tomar la iniciativa, al sentirse en inferioridad con respecto al sacerdote que no potencia todas sus posibilidades, cuando la verdadera comunión fomenta el desarrollo personal de todos los miembros de la comunidad. Se da a veces una curiosa modalidad en la vida pastoral general del mismo paternalismo que a veces se da en la pastoral social.
- **Aquí se entiende muy bien la máxima del Papa Francisco de “darle prioridad al tiempo es ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios”** (*Evangelii Gaudium*, 223), pues los procesos de acompañamiento (no directivo) a las personas y a los

grupos no hacen ruido, no se contabilizan en el haber de la actividad pastoral tanto como los espacios (estructuras, iniciativas, celebraciones, etc...).

- **En general podemos decir del sacerdote de comunión que en relación con los laicos** se da eso que hace poco escribí sobre lo que aprendimos mi generación en el Seminario del que fuera nuestro rector **Juan de Dios Martín Velasco**, que nos enseñó una mística muy especial, la de una espiritualidad sacerdotal marcada por el “ser” y el “estar”, más que por el “hacer” y el “hablar”, siguiendo el espíritu de renovación eclesial del Concilio Vaticano II: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo” (*Gaudium et spes*, 1).
- **Se trata así de entrar en comunión con todos, también con los más alejados.** Juan de Dios Martín Velasco “no estaba tan preocupado por que los futuros sacerdotes *tuviesen las ideas claras*, si con dicha expresión se aludía a una invencible capacidad de respuesta intelectual apologética a todas las preguntas sobre la fe cristiana de quienes dudan o se alejan de ella. Para él la preocupación principal era otra: que los futuros sacerdotes *tuvieran*, en cambio, una vida clarividente, en la que los dudosos y alejados de la fe pudieran encontrar un amigo capaz de acompañarlos en la búsqueda de sentido, de verdad, de bondad y justicia, de belleza infinitas, en el despertar de la nostalgia de Dios que todos llevamos dentro en medio de las vicisitudes de nuestra vida, del drama de la vida humana vivida de mil modos distintos, que el sacerdote hace suyo, haciéndose uno con todos los que encuentra en el camino de su vida”.

7º.- No caer en la tentación de la desunión.

- **Cualquier dejación en esta altísima y finísima mirada eclesial de la comunión arruina de raíz la vida eclesial y la acción evangelizadora.**
 - **En una diócesis puede haber magníficas iniciativas evangelizadoras**, impresionantes testimonios, ejemplos asombrosos de generosidad y entrega. Si son solo individuales (contagiados por el sentido de autosuficiencia de la cultura dominante), o si están deslustrados por signos de desunión (prejuicios y juicios, rumores y chismes, sospechas y rechazos...), todos esos aparentes frutos estarán contaminados por la mentira, porque en ellos no está la huella de Dios, misterio de comunión.
 - **Ya decía san Agustín** que “aunque todos se persignaran, respondiendo amén y cantaran el aleluya; aunque todos recibieran el Bautismo y entraran en las iglesias; aunque hicieran construir los muros de las basílicas (...), lo único que diferencia a los hijos de Dios de los de Satanás es la caridad”, el amor mutuo, la comunión” (*Comentario 5 a la Primera Carta de San Juan*, párrafo 7).
 - **Tal vez el mayor enemigo hoy de la misión de la Iglesia** no esté en las distancias ni geográficas ni culturales, ni en la sana pluralidad de carismas y estilos, sino en la división, en la desafección y en los signos de ruptura dentro de la Iglesia.
 - **La desunión es cosa del maligno.** El diablo seguramente no pretenderá que en una comunidad parroquial, en un presbiterio diocesano, o en un sínodo, no se hable de Dios; pero sí hará todo lo posible para que no esté Dios, y para ello le basta tentar a las almas para que no reine la caridad en la comunidad cristiana, para abrir nuevas heridas en la comunión y no dejar cicatrizar las viejas, y para que los pequeños o grandes juicios personales e institucionales, que tantas veces pretenden justificarse desde respetables consideraciones teológicas y pastorales, sigan aumentando las sospechas, las etiquetas, las desafecciones, las acusaciones, y a la postre la maligna peste de la desunión. Hay que ser radicales en el rechazo de esta tentación.
 - **De entre las muchas tentaciones del sacerdote** (clericalismo, mundanidad, activismo, triunfalismo, derrotismo, etc...), el de la desunión dentro de la Iglesia hace confluir a todos los demás: pues nace en el egocentrismo y la autosuficiencia y desemboca en crear ámbitos de poder personal en lugar de comunidades, y en murmurar y difamar a los compañeros en lugar de realizar la fraternidad sacerdotal.

8º.- Hacer nuestra la espiritualidad de la comunión.

- **Porque, no lo olvidemos, la comunión supone una permanente y continua conversión, ascética y mística a la vez**, y por tanto la asunción de una determinada

personalidad espiritual marcada por ella. **Nos referimos a la espiritualidad de comunión que San Juan Pablo II** nos propone en el número 43 de la *Novo Millennio Ineunte*. El texto cuenta con una presentación y la descripción de cuatro significados complementarios de la Espiritualidad de Comunión:

- **Presentación:** “**Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza**, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo. ¿Qué significa todo esto en concreto? También aquí la reflexión podría hacerse enseguida operativa, pero sería equivocado dejarse llevar por este primer impulso. Antes de programar iniciativas concretas, **hace falta promover una espiritualidad de la comunión**, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades”.
- **1er Significado (trinitario):** **Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad** que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.
- **2º Significado (eclesiológico):** “**Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico** y, por tanto, como *uno que me pertenece*, para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad”.
- **3º Significado (espiritual):** “**Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro**, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: *un don para mí*, además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente”.
- **4º Significado (práctico):** “**En fin, espiritualidad de la comunión es saber dar espacio al hermano**, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”.

9º.- Reconocer, abrazar y secundar la presencia de Jesús en medio de nosotros.

- **Para garantizar esta comunión en la unidad, para que no sea nuestra unidad, mediocre, limitada, engañosa, Jesús ha querido quedarse entre nosotros**, y su promesa “yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt.28,20), no se realiza sólo en su presencia sacramental y en el don del Espíritu, sino que unida a ellas ha prometido su presencia allí donde dos o tres estén reunidos en su nombre (“donde dos o tres estén reunidos en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos”: Mt.18,20).
- **Aunque sea inefable es una presencia verdadera:** todos gozan con su presencia, y todos sufren con su ausencia. Rompe todas las barreras (sociales, políticas, étnicas, religiosas, raciales, de todo tipo), y trae la paz. Se vive con ardor, con heroísmo, con inmensa generosidad, entre los novios, en las familias, en las parroquias, en los presbiterios, en las aulas, en las fábricas... allí donde dos o tres... allí esta Jesús. Y Jesús convierte, Jesús transforma las situaciones, Jesús ilumina, Jesús hace milagros. de hecho, Jesús les manda a predicar de dos en dos, porque quien no tiene a Jesús no puede dar a Jesús.
- **Es el secreto de la espiritualidad de comunión:** Si cada presbiterio diocesano, arciprestal y parroquial, tuviesen, también de un modo explícito, declarado, revisado, renovado, como “norma de toda norma”, como principio básico necesario para cualquier discernimiento, para cualquier decisión, para cualquier paso, para su vida de relación con los demás como vida de familia, no solitaria, el “cambio de paradigma” de las dinámicas propias de las relaciones personales o de las relaciones de grupo (de un grupo de asamblea o reunión de trabajo, tal y como la entiende el mundo), a ocasiones providenciales para “tener Jesús en medio”, de modo que no sea la confrontación de opiniones, la capacidad de convencimiento, sino la implorada presencia de Jesús en

medio de los que se reúnen en su nombre, estaríamos revitalizando la fraternidad sacerdotal desde esa espiritualidad de comunión.

⇒ / *Experiencia de Loppiano.*

10º.- Renovar la comunión cuando está se haya roto.

No somos inmaculados. Arrastramos los efectos del pecado original. Tendemos fácilmente por nuestras pasiones a la descalificación, a la inflexibilidad, a la falta de templanza, a la ira, etc.... Y todas estas actitudes provocan el enfrentamiento, el conflicto, y por ende, la desunión.

- **Por eso hay que entrenarse en el arte de la reconciliación**, es decir, en el arte de pedir perdón cuando hemos propiciado la ruptura de la comunión y en el arte de perdonar cuando otros han propiciado la ruptura de la comunión. En realidad, en la gran mayoría de las situaciones de ruptura de la comunión, la recomposición de la comunión requiere un perdón en las dos direcciones, porque casi siempre todos los implicados en una situación de desunión, con mayor o menor responsabilidad de unos o de otros, tienen una parte de culpa. Y de todas las partes pidiendo perdón a Dios todo misericordioso, que es el único que puede reconciliarnos.
- **Nunca deben faltar en el vocabulario habitual del cristiano dos palabras: perdón y gracias** (*me lo repetía siempre un hombre bueno, Alfonso Coronel de Palma*). No como palabras que se las lleva el viento, no como expresiones repetidas rutinariamente, sino como palabras que salen de corazón. *Seguramente tendríamos que decirlas muchas veces a lo largo del día.*
 - **La palabra gracias regenera la comunión**, porque nos sitúa en la verdadera calidad de las relaciones humanas y más aún de las relaciones entre cristianos miembros de una comunidad, que es la gratuidad.
 - **La palabra perdón por su parte recompone la comunión**, aun en situaciones aparentemente insignificantes, que, aunque no constituyan rupturas de la comunión, si que pueden, encadenadas unas a otras en el tiempo, constituir un debilitamiento de la comunión, que a la postre deviene en una ruptura inesperada. Esto ocurre entre esposos, entre hermanos, entre padres e hijos, entre amigos, entre compañeros de trabajo, entre miembros de una comunidad cristiana (incluso entre miembros de una comunidad religiosa, de consagrados), entre sacerdotes en un mismo destino pastoral, entre sacerdotes y obispos, y entre los mismos obispos. *Nadie se libra de los maléficos embrollos de la desunión que, como dice el refrán, "los arma el diablo".*
- **Hay varias reglas de la prudencia de la caridad muy útiles para recomponer la comunión:**
 - **No huir del conflicto** (en pro de una falsa paz irenista, que eludiendo el conflicto, se hace cómplice de las injusticias), **pero si afrontando el conflicto de un modo proactivo**, buscando la reconciliación y la recomposición de la unidad, para lo que a su vez hacen falta tres cosas:
 - **Creer en la máxima (del Papa Francisco, en *Evangelí Gaudium* 226-230) de que "la unidad prevalece sobre el conflicto"**: "El conflicto no puede ser ignorado o disimulado. Ha de ser asumido. Pero si quedamos atrapados en él, perdemos perspectivas, los horizontes se limitan y la realidad misma queda fragmentada. Cuando nos detenemos en la coyuntura conflictiva, perdemos el sentido de la unidad profunda de la realidad" (226). Hay una tercera vía: "situarse ante el conflicto. Es aceptar sufrir el conflicto, resolverlo y transformarlo en el eslabón de un nuevo proceso. De este modo, se hace posible desarrollar una comunión en las diferencias, que sólo pueden facilitar esas grandes personas que se animan a ir más allá de la superficie conflictiva y miran a los demás en su dignidad más profunda. Por eso hace falta postular un principio que es indispensable para construir la amistad social: la unidad es superior al conflicto".
 - **Perdonar a los enemigos**: Sólo quien huye del conflicto no tiene enemigos. Sin necesidad de asumir toda su expresividad dramática y épica, no esta muy desencaminado el famoso poema del escritor escocés Charles MacKay: "¿No tienes enemigos, dices? Una pena, amigo mío: ese alarde es vano. Aquel que participa en la refriega del deber, que los valientes soportan, debería haber hecho enemigos. Si no los tienes, pequeño es entonces el trabajo que has hecho. Si a ningún traidor has escarmentado, si ningún zafio patán te ha calumniado, si ningún

entuerto has enderezado, entonces... has sido un cobarde redomado". No se trata por tanto de no tener enemigos a cualquier precio, que además en la mayoría de los casos los sacerdotes los encontramos sin buscarlos ni desearlos, sino en como hacer para que esa enemistad no rompa la comunión, sobre todo cuando miembros de la comunidad eclesial, e incluso otros sacerdotes, se ponen de su lado (*estoy hablando desde la experiencia, no en teoría*). Y antes o después hay que intentar la vía de la reconciliación.

- **Propiciar el diálogo:** el diálogo para el cristiano no es una estrategia, sino una premisa: sin diálogo no hay ni comunión ni misión, no hay Iglesia. No hay comunión porque sin el diálogo ni se compone ni se recompone la comunión. No hay misión porque sin diálogo no hay testimonio evangélico, no hay escucha, ni acogida, ni discernimiento, ni caridad. No hay Iglesia porque, como decía San Pablo VI, "la Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra; la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio" (Encíclica *Ecclesiam Suam*, 34)
- **Prevención en la corrección fraterna:** a veces las rupturas de la comunión se producen por hacer mal algo que en principio es bueno, la corrección fraterna (que siempre ha de ser fraterna, aunque la relación sea paterno-filial, o sujeta a obediencia), si esta se hace sin la suficiente caridad, y sobre todo sin haber esperado el momento propicio. *A veces haya que esperar meses antes de hacerla...*
- **Esperar, preparar, y llamar:** Por este orden. Si ha habido una discusión, no intentar acaloradamente resolver la situación enseguida. Callar, aguantar, dejar que pase algo de tiempo. Pero no para que se enquisté la desunión, sino para dar tiempo al sosiego, y para pensar bien el gesto de la reconciliación (las palabras más adecuadas, sin "peros", sin auto-exculpaciones, con mesura, humildad y magnanimidad), y luego hacer la llamada, o propiciar el encuentro, para por fin pedir perdón (aún cuando creamos que es el otro o los otros quienes tendrían que pedirlo primero), y sobre todo pedir recuperar la comunión a través de la reconciliación. *Esto no es nada fácil, pero por muy difícil que sea, no tengamos duda, es voluntad de Dios.*
- **Pacto de unidad:** Es un hábito exquisito, que se puede vivir sólo en un estado original de amor mutuo (libre y voluntario por las dos o más personas en comunión), que consiste en primer lugar en declararse el deseo de vivir en comunión y de pedir juntos la gracia de la comunión (principalmente, declarándose el deseo y pidiendo juntos la gracia de acoger la presencia de Jesús en medio según Mt. 18,20), y en segundo lugar (fundamental) en renovar continua y sinceramente (no rutinariamente) este pacto, como reiniciándolo una y otra vez (en el matrimonio, o en una comunidad de vida común, lo ideal es todas las noches, en el contexto de la oración final del día), y con la ascesis interior en cada uno de no guardar rencor alguno por nada (a veces disputas serias, otras pequeñas minucias, todo entra). En el caso de relaciones grupales menos cotidianas, en momentos significativos, como puede ser una celebración comunitaria de la penitencia.

⇒ *Espero que sirva este improvisado decálogo de la comunión. La comunión requiere mucha ascesis, y lleva sin duda a una experiencia mística, porque Dios mismo es comunión.*

Oración final:

- **Pedir y acoger, por tanto, en nuestra debilidad, la ansiada gracia de la unidad,** y acompañar este don con una decidida ascesis interior consistente en la renuncia a todo aquello que me lleva a juzgar al Papa, a mi obispo, a mis hermanos sacerdotes, y todo aquello que en la Iglesia es reconocido como expresión de su pluralidad enriquecedora, han de formar parte del mismo tejido muscular del corazón del ministro en la Iglesia.

"Pedimos a Dios que afiance la unidad dentro de la Iglesia, unidad que se enriquece con diferencias que se reconcilian por la acción del Espíritu Santo. Porque fuimos bautizados en un mismo Espíritu para formar un solo cuerpo (1 Corintios 12,13) donde cada uno hace su aporte distintivo. Como decía san Agustín: *El oído ve a través del ojo, y el ojo escucha a través del oído*" (Papa Francisco. Encíclica *Fratelli Tutti*, nº 280).

Ven, Espíritu Santo, Tú que eres armonía, haznos constructores de unidad; Tú que siempre te das, concédenos la valentía de salir de nosotros mismos, de amarnos y ayudarnos, para llegar a ser una sola familia. Amén (Papa Francisco, Misa de Pentecostés, 31 de mayo de 2020)